

# EL LATIN, DISCIPLINA CLAVE

Que sea el latín disciplina clave de la carrera eclesiástica no habrá quien lo ponga en duda, sobre todo si se tiene en cuenta las enseñanzas y reiteradas recomendaciones de los Romanos Pontífices, y las cláusulas terminantes de la legislación vigente. No vamos a insistir en este punto, pues ya el año pasado nos ocupamos de él ampliamente en esta misma revista <sup>1</sup>. Lo que sí nos interesa, antes de entrar en el planteamiento del tema, es recordar cómo la Iglesia continúa concediendo al latín el puesto de preeminencia que le corresponde en el concierto de las disciplinas que integran la formación humanística de sus futuros ministros. Este es el sentido de la Carta de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades publicada a mediados del año pasado en el órgano oficial de la Santa Sede <sup>2</sup>, y que reproducimos en este mismo número de nuestra revista. En ella se insiste en el cultivo del latín, como nervio, sostén y germen de la más recia y genuina cultura eclesiástica.

Queremos dar hoy un paso más y tratar de demostrar que el latín sigue siendo disciplina clave en el bachillerato clásico y que este bachillerato clásico lo necesita la sociedad para cuantos en ella han de figurar en la categoría de sabios, de altos gobernantes y, en general, de hombres de cultura superior.

---

<sup>1</sup> *El latín y los estudios eclesiásticos*, «Helmantica», 9 (1958), 3-26.

<sup>2</sup> AAS 50 (1958) 292-296.

## EL POR QUE DE ESTA CUESTION

Hasta hace unos años no había por qué plantearse esta cuestión. El latín mantenía todavía en todos los Centros de Enseñanza Media su antiguo prestigio y su hegemonía. La cultura occidental se había basado durante siglos en esta noble disciplina. Hoy, sin embargo, con el desarrollo de la especialización, sobre todo técnica, el latín ha ido perdiendo terreno. Sus cimientos parecen haber comenzado a resquebrajarse. Ya no ofrecen, a juicio de muchos, aquella seguridad y firmeza que tradicionalmente se les venía reconociendo. Parece haber llegado para el latín la hora de su bajamar y de su ocaso.

Es un hecho innegable que el latín, en punto a la enseñanza, en estos últimos años, va perdiendo poco a poco terreno casi en todas partes.

Al concepto antiguo de su «necesidad» ha sustituido ahora en la mente de muchos modernos el de su «superfluidad» y aun el de su «inutilidad». Esta idea comienza a abrirse paso y va formando una corriente de opinión que engrosa de año en año en países donde la solera cultural no está suficientemente arraigada. Esta situación amenaza restar al latín buena parte de sus cultivadores. Y lo sensible es que muchos inconscientemente contribuyen a acentuar el mal, dejándose llevar de un exagerado entusiasmo por la técnica y las ciencias aplicadas. Un criterio materialista de la vida ha ido penetrando en los Planes de enseñanza, con un predominio absorbente de lo pragmático sobre lo humanístico, de lo utilitario sobre lo auténticamente formativo. Esto ha hecho que las Humanidades Clásicas —y más concretamente el latín, que desde tantos siglos venía constituyendo el nervio y la clave de toda Enseñanza Media— hayan entrado en un período de crisis y de lamentable postración, cuyos frutos, bien amargos por ciertos, no tardaremos en experimentar.

Existen ya en muchas naciones grupos de bachillerato no clásicos, sin latín, sin griego, sin filosofía. En algunas naciones americanas el latín y el griego no cuentan para nada en el sis-

tema de enseñanza Media <sup>3</sup>. En general, Institutos y Escuelas Politécnicas están restando fuerza a la Universidad, la cual se resiente en varias de sus Facultades, sobre todo en la de Filosofía y Letras, hasta el punto de que se va quedando en muchas partes casi desierta; con el agravante de que los pocos alumnos que a ella acuden se hallan, por lo común, a tan bajo nivel humanístico, que es difícil, por no decir imposible, desarrollar con ellos una labor universitaria seria y eficaz <sup>4</sup>.

Esta situación representa un grave peligro para la cultura, como lo han reconocido voces autorizadas. «La tendencia y orientación predominante hacia la técnica con perjuicio y hasta con desdén hacia las ciencias del espíritu —decía hace unos años el llorado Pío XII— constituye un mal grave para la sociedad de nuestros días» <sup>5</sup>.

El Dr. J. Capelle, Director General del Instituto Nacional de Ciencias Aplicadas de Lyon, con un sentido de la realidad que le da su contacto frecuente con los grandes científicos del mundo y su sensibilidad de universitario, escribía en fecha reciente <sup>6</sup> que, aunque llegue a admitirse que un nuevo humanismo digno de ese nombre pudiera teóricamente edificarse sin latín, sí

---

<sup>3</sup> J. CAPELLE, *Conclusions*, en «Premier Congrès International pour le Latin Vivant», Avignon, 1956, pág. 165.

<sup>4</sup> Francisco Vizoso, en un ponderado artículo publicado en la «Revista de Educación» (núm. 67, 1957, pág. 56), sobre el debatido tema del latín, refleja apenado la triste situación de nuestras Universidades: «Cuantos conocemos —dice— el ambiente de las Facultades de Letras, sabemos qué saben de latín la inmensa mayoría de los estudiantes que han aprobado los cursos comunes en estos últimos años, dada la penuria de saber latino que llevaban a su ingreso en la Facultad (y es dable suponer que a ella acuda una buena parte de *los mejor formados* en el latín del bachillerato). Piénsese en el saber inframodesto con que acudían a estas Facultades la casi totalidad de los de cursos anteriores, que en su mayoría habían aprobado el árduo latín por el sobrante de puntuación de otras asignaturas menos básicas y formativas, eso sí, pero más puramente noticiosas y por ende *más fáciles*, reduciendo las posibilidades de la enseñanza universitaria a unos límites a duras penas modestos, y se tendrá una idea somera de la situación real».

<sup>5</sup> AAS 43 (1951) 734-738.

<sup>6</sup> *Le Monde*, 23, 4, 1958.

hay que decir —añade— que «el abandono del latín sería, en la evolución actual de la humanidad, una pérdida considerable. Columna principal de nuestra lengua, el latín es el mejor puente de unión de los pueblos latinos, que sienten hoy la necesidad de defender y reforzar su patrimonio cultural... Esta consideración debe estimular a dar una mayor eficacia a la enseñanza del latín y desterrar la idea de lengua muerta, tan funesta en todo sistema didáctico».

Nuestro intento al presentar el tema que encabeza estas líneas es precisamente conjurar el peligro de que nos habla el llorado Pontífice Pío XII y recalcar la idea de que —como dice Capelle— el abandono del latín constituiría una pérdida considerable en el momento actual de la cultura humana.

Comenzaré aduciendo algunos datos sobre el debate del latín en los diferentes países. Presentaré luego una síntesis de la defensa hecha por el Prof. Gareau, de la Universidad de Ottawa, a favor del latín como disciplina clave en la enseñanza Media. Añadiré a continuación algunos nuevos testimonios y razones concernientes al tema en cuestión. Para terminar, me ocuparé brevemente de la situación del latín en España en estos últimos años.

#### DEBATE SOBRE EL LATIN

No han faltado quienes públicamente han abogado por la supresión radical del latín en la enseñanza. El hecho lo denunciaba hace ya algunos años la profesora A. Guillemin <sup>7</sup>, al estu-

---

<sup>7</sup> *Memorial «Marouzeau»* (París, Les Belles Lettres, 1943, págs. 641-660). Entre nosotros, en fecha reciente una profesora, licenciada en Filosofía y Letras, manifestaba públicamente su opinión desfavorable al latín con estas desesperantes palabras: «Con todo esto había llegado a pensar —y le aseguro que con sincera preocupación—, en lo inútil de una actividad que nunca llegaba a alcanzar un mínimo de éxito y en si valía la pena mantener estos estudios tan «inútiles», ya que no en la teoría, en la práctica». Cfr. «Revista de Educación» (1957), núm. 60, pág. 1). Más recientemente aún, el P. Pacios mantenía en este punto posiciones extremas («Atenas», marzo, 1958, págs. 56-67).

diar los problemas planteados en los últimos decenios sobre la pedagogía del latín.

Con posterioridad a este artículo, se ha hecho célebre la ruidosa polémica mantenida en Lausana en torno a este tema. El atacante, un matemático sin tino ni equilibrio, con un aplomo, fogosidad y osadía digna de mejor causa, lanza las mayores ineptias contra el latín y sus defensores <sup>8</sup>.

En Francia y Bélgica el tema del latín ha suscitado también inquietante interés en libros, como el de Perret, *Latin et Culture* <sup>9</sup>; y en artículos, como los de E. De Saint-Denis <sup>10</sup>, P. Boyance <sup>11</sup>, J. Bayet <sup>12</sup>, A. Grisart <sup>13</sup>; en publicaciones, como «Education Nationale», «Bulletin Guillaume Budé», «Revue des Etudes Latines», «Les Etudes Classiques», etc. <sup>14</sup>.

En realidad, la inquietud por la crisis del latín en Francia y en el mundo en general, data de mucho antes. Ya en 1913 Marouzeau daba la voz de alerta <sup>15</sup>.

En Alemania no ha apasionado tanto el problema. El gimnasio clásico ha mantenido en número y en selección el puesto de honor de otros tiempos, aun en competencia con los nuevos

<sup>8</sup> J. L. NICOLET, P. CHESSEX, P. SCHMID: *L'affaire du latin*, Lausanne 1954. Cfr. «Revue des Études Latines», 22 (1954), 461.

<sup>9</sup> PERRET, *Latin et Culture*, Paris, Desclée de Brouwer, 1948.

<sup>10</sup> E. DE SAINT-DENIS, *Assisterons-nous à l'agonie des études latines?*, en «Revue Universitaire» (mayo-junio, 1953), 129-233; en «Bulletin de l'Association Guillaume Budé» (junio, 1954), 21-25. Id., *Une orientation des études latines*, en «Les Études Classiques», 23 (1953), 239-258.

<sup>11</sup> P. BOYANCE, *Querelle du latin*, en «Le Monde» (12-XII-1953).

<sup>12</sup> J. BAYET, *Le latin conciliateur entre l'humanisme et la technique*, en «Revue de la Franco-Ancienne» I (1953) 45-52.

<sup>13</sup> A. GRISART, *Les diverses façons de défendre les humanités*, en «Association des Classiques de l'Université de Liège», 3 (1955) 63-73.

<sup>14</sup> También en otras revistas francesas y belgas se ha polemizado bastante en estos últimos años en torno al tema de la enseñanza del latín; así, por ejemplo, P. CHAMBON en «Cahiers Pédagogiques pour l'Enseignement du Second Degré» (4-15, XII, 1954); F. ROBERT, *Une diatribe contre les études classiques*, en «Revue Universitaire» (marzo-abril, 1956, págs. 68-76). La polémica se ha llevado incluso a diarios de tanta difusión como «Le Figaro», de París, donde se hicieron famosos los artículos de J. Guéhenno.

<sup>15</sup> MAROUZEAU, *La crise des études classiques*: Neue Jahrbücher für Pädagogie, 1913.

centros gimnasiales de estructura moderna, sin lenguas clásicas. El doctor Theo Herrle, en un artículo publicado en «Societas Latina», ha reunido una serie de datos y aportaciones relacionadas con el problema de la vigencia del latín en el terreno de la enseñanza en los años posteriores a la guerra <sup>16</sup>.

En la actualidad, la organización de la enseñanza en Alemania, en líneas generales es la siguiente: El niño, de 4 a 6 años entra en la escuela infantil, llamada *Kindergarten*. Después, hasta los 10 años, frecuenta la escuela popular (*Volksschule*). A los diez años, puede optar, o por la escuela profesional (*Berufsschule*), de 10 a 14 años, o por la escuela media (*Mittelschule*), similar a nuestra Escuela de Comercio, de 10 a 16 años, o por la carrera de bachillerato, hasta los 19 años, que sirve de preparación para la Universidad o para una de las escuelas superiores (*Hochschule*).

Por lo demás, el bachillerato alemán funciona hoy día, con las siguientes modalidades:

1) *Gymnasium* o bachillerato clásico, con latín y griego, como asignaturas básicas.

2) *Real Gymnasium* o bachillerato moderno, con un marcado predominio de las lenguas hoy día más en uso.

3) *Oberschule* o bachillerato científico, a base de un cultivo preponderante de ciencias y matemáticas.

Hay que hacer constar que a pesar de esta trifurcación, los centros de bachillerato clásico son numerosos y concurridos. Como dato concreto, ya hice constar en HELMANTICA, 9 (1958) 19, que en la región de Baviera, en el triángulo formado por Ulm/Günzburg/Weissenhorn, en una distancia de pocos kilómetros, funcionan al menos tres gimnasios clásicos, con un porcentaje de 100 a 300 alumnos cada uno; con la particularidad de que las dos últimas ciudades donde radica el Gimnasio no pasan de 15.000 habitantes.

En Inglaterra apareció en 1954 un interesante volumen, *The Teaching of Classics*, sobre los problemas de la enseñanza

---

<sup>16</sup> *Das klassische Altertum im Zwiellicht der Nachkriegsjahre*, en «Societas Latina» 21 (1955) 3-15; Cfr. «Revue des Études Latines», 34 (1956) 77-78.

de las lenguas clásicas <sup>17</sup>. De él se ocupó el P. J. Vives Solé, S.J., en un artículo de interés informativo <sup>18</sup>. El objetivo de esta publicación fue conservar en todo su vigor la viva y pujante tradición clásica de las escuelas inglesas, frente a la crisis y tendencia anticlásica de ciertos centros docentes de hoy día. El volumen está preparado en colaboración por 14 profesores de lengua y literatura clásica de distintos colegios de Inglaterra, Gales y Escocia, seleccionados expresamente por la *Incorporated Association of Assistant Masters in Secondary Schools*, que es la corporación de profesores de Segunda Enseñanza más pujante de la Gran Bretaña. Ni que decir tiene que este libro, aunque enfocado de cara a los colegios del Reino Unido, interesa también a otros países por sus puntos de vista, sus orientaciones, su posición práctica y certera en los múltiples temas que estudia. Así, por ejemplo, en la Introducción, hablando sobre la actualidad de los estudios clásicos dice: «Este libro tiene de a proclamar que los clásicos merecen estudiarse por sí mismos, pero hay que hacer notar que estos estudios hacen el aprendizaje de otras asignaturas más provechoso, enseñando, al menos, que la división de la cultura en *asignaturas* es en sí misma inadecuada. En realidad, *puede defenderse que el latín y el griego no son en rigor asignaturas, sino base y fundamento de otras asignaturas*. Esto es claro en lo que se refiere a la Literatura, y especialmente a la poesía de Inglaterra y de cualquier otro país del occidente europeo» (pág. 7).

Sobre el método a seguir en la enseñanza, tiene gran valor la orientación que hallamos poco después: «Es importante que nuestros estudios no se lleven como compartimientos cerrados, y que los alumnos aprendan desde el principio a pasar del mundo antiguo al moderno con aquella espontaneidad e inconsciente facilidad con que lo hacían Dryden, Shelley, Burke y Johnson. Esto no se consigue jamás con la afanosa aplicación del discípulo a manuales, ni con que el profesor explique de propó-

---

<sup>17</sup> *The Teaching of Classics*. Issued by the Incorporated Association of Assistant Masters in Secondary Schools. Cambridge, at the University Press. 1954. XII-243 págs.

<sup>18</sup> *Humanidades*, 7 (1955) 83-92.

sito determinados temas de cultura. Ha de ser un brote natural, cuya raíz se halle en el dominio, aunque no vasto pero sí firme, de la cultura antigua. El adquirir de esta manera un conocimiento directo de las fuentes es más agradable, más seguro y más científico que sacarlo de comentarios y notas; hasta puede dudarse de si los jóvenes pueden llegar de otra manera a comprender algo del flujo y continuidad de las tradiciones culturales de las que nuestra generación es heredera» (pág. 8).

Sobre el discutido tema del uso de las traducciones, como suplementarias para el conocimiento de los grandes escritores antiguos, los profesores ingleses se declaran decididamente en contra. Defienden la lectura directa en el original. Dicen así en su informe: «Se levantarán voces en favor del estudio de los clásicos en traducciones: en este campo es difícil a un experto en estos estudios llegar a convencer al que no lo es. Sin embargo, hemos de decir la verdad, aun a riesgo de pasar por dogmáticos; las traducciones rara vez son más que una sombra del original. Nos podrán dar tal vez el contenido y aun la impresión general de una obra; pero la belleza y el valor de la literatura clásica, especialmente de la poesía, está no tanto en lo que se dice, cuanto en la manera de decirlo. Esas pinceladas mágicas que Virgilio nos ofrece en una sola palabra, las profundas elipsis y la rapidez del diálogo de Sófocles, los truenos y tempestades de la Odisea, están por encima de toda traducción, por perfecta que sea, y sólo pueden transmitirse en la auténtica melodía de las lenguas de Grecia y de Roma».

En Italia, donde tanto arraigo tiene el cultivo del latín, tampoco han dejado de oírse voces disonantes protestando contra la enseñanza de tan respetable lengua. La profesora Malcovati llamó la atención en el Congreso Internacional de Aviñón <sup>19</sup>, sobre varias de estas manifestaciones hostiles. Afortunadamente los defensores del latín salieron al palenque y supieron cumplir su cometido con gallardía y dignidad. Entre otros muchos, es digno de especial mención el artículo del profesor Tondini

---

<sup>19</sup> *Premier Congrès International pour le Latin Vivant*. Avignon, 1956, págs. 136-139.

en «Il Quotidiano» (24-Junio-1956): «El latín, escribe, sigue siendo la disciplina por excelencia, que plasma la mentalidad del individuo y permanece como punto firme del hombre que piensa, frente al *robot* con que se le quiere sustituir. El latín sigue siendo un poderoso instrumento para la educación de la clase dirigente, ya de técnicos, ya de médicos, y esto aun en nuestro siglo, en pleno desarrollo de la civilización y del trabajo.

El mismo señor Tondini, propugnaba pocos meses después la necesidad del latín con estas palabras que traducimos del *Osservatore Romano* (31-agosto-1956): «Al defender nosotros la necesidad de la enseñanza del latín, no nos movemos por el deseo cruel de ver agravado con una materia más el ya pesado programa de la escuela moderna, sino por la firme convicción de que esta lengua —junto con la griega— es, más que una simple llave para interpretar una literatura y una civilización pasada, un germen, siempre vivo y siempre operante, para la formación de la recia personalidad».

Y al día siguiente (1-sept.-1956) el Padre Springhetti, profesor de la Escuela Superior de Latinidad en la Universidad Gregoriana de Roma, publicaba en *La Civiltà Cattolica* (págs. 464-474) un serio alegato a favor del latín, diciendo que el latín es necesario porque es la *fuentes* de la cultura antigua, la *madre* de las lenguas románicas, la *institutriz* formadora del equilibrio mental y del sentido de la medida, el *instrumento* obligado para establecer contacto con los próceres del pensamiento y del arte antiguo, el *germen* de toda ciencia sagrada y profana, la *llave* de la nomenclatura técnica de muchas ciencias antiguas y modernas.

Más recientemente aún, el Card. Pizzardo, en una comunicación dirigida al Congreso de la Federación Nacional Italiana de Institutos y Centros de Enseñanza, celebrado en Milán del 29 al 31 de septiembre de 1957, insistía en el papel preponderante que corresponde al latín en la Enseñanza Media.

«La tradición cultural de la Iglesia —decía— promotora de todo verdadero progreso intelectual, tiene en la lengua latina el instrumento más idóneo para la formación del hombre cristianamente erudito.

En los siglos más duros la llama de la civilización se mantuvo encendida por el estudio de esta lengua. Mientras los demás lo descuidaban, florecía en los cenáculos de la vida monástica, junto a las Catedrales al lado de la Sede Apostólica; y la escuela humanística cristiana encontró en la Iglesia su más valiosa fautora e impulsora en todos los tiempos y en los más diversos lugares.

Tan glorioso patrimonio de auténtica cultura no debe ser descuidado, sino que ha de tener lógica continuación, necesario incremento. Al valor educativo de tal lengua debe dársele su verdadero significado, y el alumno ha de ser llevado al estudio de ella ayudado de los nuevos métodos didácticos, en edad adecuada a su capacidad intelectual, de modo que el latín, racionalmente aprendido, sea como el fundamento más seguro para la enseñanza de las otras disciplinas».

En Estados Unidos, a pesar del predominio que allí ha ido tomando la educación técnica, no deja de notarse algún que otro hecho, denunciador del retorno a la formación cultural de las Humanidades. Desde hace unos años funciona en New-York la Escuela Superior de Regis (*Regis High School*), con capacidad para unos 1.500 alumnos, que cada año se seleccionan con rigor entre miles de pretendientes. El plan de estudios, desarrollado en cuatro cursos, comprende las siguientes asignaturas en la periodicidad de:

—4 años para Religión, Latin, Inglés, Elocución, Cultura Física.

—3 años para Griego y Matemáticas.

—2 años para Francés o Alemán.

—1 año y medio para Historia (Antigua - Europea - Americana).

—Medio año para Educación Cívica.

En los pocos años que este Centro lleva funcionando, los resultados han sido sorprendentes. Cada año es mayor el número de los que llaman a sus puertas, sin que sea obstáculo el rigor en la selección ni la fuerte dosis que el latín y el griego tienen asignadas en el horario escolar. Para más detalles sobre el funcionamiento de esta Escuela estadounidense remito

a mis lectores a la información publicada no hace mucho en la revista «Les Etudes Latines»<sup>20</sup>.

#### LA DEFENSA DEL PROFESOR GAREAU

Merece destacarse, por su nitidez y su sentido práctico, la defensa que hace del latín el profesor E. Gareau, Director de la Sección de Lengua y Literatura Latinas en la Universidad de Ottawa, en Canadá. También él, como tantos otros, se plantea la cuestión de si debe o no mantenerse la enseñanza del latín en los Centros de Enseñanza Media, y resueltamente se decide por la afirmativa, reclamando para el latín el puesto de preeminencia que le corresponde. Sigamos, aunque sólo sea en forma sumaria, su pensamiento<sup>21</sup>.

La base, dice, para la *monocultura* o especialización que se da en la Universidad debe ser la *policultura* recibida en la enseñanza del bachillerato. Una formación así prepara y dispone al alumno para las diversas carreras hacia las cuales pueda orientar su vida el día de mañana. Por eso el bachillerato ha de tener una orientación preferentemente humanística. En esto se distinguen los centros de Enseñanza Media de las otras escuelas especiales: técnicas, de comercio, profesionales. En él deben predominar, por tanto, *las lenguas, la historia, la filosofía*, disciplinas eminentemente formativas, porque afectan y educan no sólo el entendimiento, sino también la sensibilidad, la imaginación, la voluntad.

Esto supuesto, ocurre preguntar, ¿y no será lo mismo sustituir el latín por alguna de las lenguas modernas? El profesor Gareau se apresura a dar una respuesta negativa, tanto tratándose de eclesiásticos, dice, como de seculares. Para los eclesiásticos, el latín es disciplina obligatoria, impuesta por la legislación vigente, en consonancia con la tradición de la Iglesia, y con las exigencias del propio ministerio<sup>22</sup>. Tampoco los se-

<sup>20</sup> «Revue des Études Latines», XXXV (1957), 300-309.

<sup>21</sup> ETIENNE GAREAU, *Pourquoi tenir à l'enseignement du latin?*, en «Revue de l'Université d'Ottawa», 26 (1956) 39-56.

<sup>22</sup> Cfr. «Helmantica», 9 (1958) 3-26: *El latín y los estudios eclesiásticos*.

glares pueden prescindir del latín. Es imperativo de toda cultura seria y profunda, y fuente de un porvenir risueño en la sociedad.

Entre otras, hay tres razones potísimas que imponen el latín como asignatura importante en toda Enseñanza Media, cuando es verdaderamente seria, no de simple expediente; máxime si esta Enseñanza Media ha de tener una proyección fecunda hacia la investigación científica. Estas razones son:

1.<sup>a</sup> *Por la continuidad del latín y su parentesco con las lenguas de Occidente.*

La cultura romana, beneficiaria a la vez de la sabiduría griega y de la sabiduría cristiana, representa en la cultura occidental su adolescencia, y sabido es que los años de la adolescencia juegan un papel decisivo en la vida entera. Estamos viviendo de la civilización romana. Hasta hoy llega su moral, su filosofía, su política, sus principios e instituciones jurídicas. La savia que circula por la literatura moderna nos viene en sucesión ininterrumpida, a través de millares de cdd. y mss., del puro y perenne hontanar de los escritores de Roma. Las culturas occidentales, ramas de incesante proliferación, tienen un tronco común, el latín. Pues si, en materia lingüística, la proximidad es uno de los motivos que determina la elección de las mismas para su estudio, ¿qué decir, pues, del latín, que no sólo está cerca, sino dentro de nosotros, formando como el sustrato, la savia, la osamenta de nuestra misma cultura occidental?

2.<sup>a</sup> *Por ser clave de una cultura preeminente.*

Cultura y civilización se usan como sinónimos. Denotan el desarrollo de la vida propiamente humana en el aspecto social, político e institucional. Pues bien, la cultura y civilización romana aventaja a todas las otras por ser la síntesis de la griega y de la cristiana. Por eso la asimilaron tan fácilmente los pueblos más diversos y se ha mantenido sustancialmente hasta nuestros días. Piénsese, por ejemplo, en la elevación moral y en la finura artística de un Virgilio, de un Séneca y de tantos otros escritores latinos de fama imperecedera. Ahora bien, el

vehículo y la clave de la cultura romana está en el latín. Se dirá: bien podemos valernos de traducciones, y en ese caso ¿para qué necesitamos el latín? A esta objeción responde atinadamente Gareau con algunos textos clásicos, cuya belleza, precisión y riqueza de contenido, no hay lengua moderna que pueda recoger con fidelidad. Y es que el latín, como dijo en ocasión memorable Pío XII, «vera non enuntiat, sed sculpit»<sup>23</sup>.

### 3.<sup>a</sup> Por el testimonio de toda clase de gentes.

Es enorme el efecto que produce la serie de testimonios y experiencias personales que aquí aduce el articulista en favor del latín. Para no alargarme citaré sólo alguno que otro.

CHARLES B. STEINMETZ, ingeniero jefe de la *General Electric Company*, en carta al decano André F. West, de la Universidad de Princeton, le decía: «Mi opinión es que el descuido y abandono de los clásicos es uno de los errores más graves de la educación moderna, y que, por el contrario, el estudio de los clásicos es muy importante y valioso, máxime en la educación de un ingeniero técnico, porque su carrera y profesión tiene el peligro de dar al hombre una formación truncada, unilateral».

CHARLES H. HERTY, presidente que fué de la *American Chemical Society* y director del *Journal of Industrial and Engineering Chemistry* de New York declara: «Con satisfacción doy testimonio de que, después de enseñar química por muchos años, el *record* de eficiencia de los que con conmigo han trabajado, tomado por grupos, corresponde a aquellos jóvenes que han venido a la química con un buen bagaje de latín y de griego. Por lo cual creo que, si nosotros queremos levantarnos sobre la mediocridad en nuestro trabajo científico, nuestra educación debe descansar sobre una buena base de formación humanística, que nos haga hombres de viva imaginación, de claridad de pensamiento, de gracia en la expresión; hombres, en fin, dotados de honda simpatía hacia la humanidad en su deseo constante de superación».

El Dr. FRED C. ZAPPE, secretario de la Asociación de Escue-

---

<sup>23</sup> AAS 43 (1951) 735.

las de Medicina de América, clama contra la preponderancia de las ciencias y la demasiada especialización en la enseñanza secundaria. «Esta Asociación, dice, se opone al predominio de la orientación científica, y decididamente recomienda y encarece una educación media basada en los clásicos. Personalmente, yo escogería para la carrera de medicina a un estudiante bien formado en clásicas, especialmente en griego, aunque deficiente en ciencias... Si los Colegios de artes detienen su pernicioso y censurable propanga «pre médica» y dan importancia a la educación, se resolverán muchos de nuestros problemas científicos... El fin de un Colegio o Centro de Segunda Enseñanza es formar y educar, no preparar para una u otra carrera en particular. Una educación vigorosa y amplia es «pre» para cualquier carrera o profesión del día de mañana.

Ni es menos elocuente el testimonio de los políticos. STANLEY BALDWIN, primer ministro, en su día, de la Corona Inglesa, atribuía a su formación clásica gran parte de sus triunfos políticos. Merecen citarse sus palabras: Creo, dice, que la cultura clásica me ha dado un sentido tal de la proporción, junto con una escala de apreciación de valores y un tan profundo respeto a la verdad, que me han servido mucho toda mi vida. Añádase a esto la constante satisfacción que he experimentado saboreando la belleza pura del latín y del griego, y la infinidad de imágenes que esta literatura ha ido despertando en mi alma. Todo esto me ha sido muy útil para formar mi criterio político. El sentido de la proporción me ha ayudado a fijar la ecuación sobre el valor personal de los individuos, sobresalientes o banales, que integran la Cámara de los Comunes. La escala de valores me ha hecho estimar en su justo precio los discursos y artículos y me ha ahorrado mucho tiempo, que yo hubiera perdido, al inclinarme ante los ídolos de la situación. El respeto a la verdad ha sido para mí un gran recurso para descubrir la maraña de mentiras y equívocos ocultos entre la vegetación tropical de la elocuencia».

Omitiendo los demás testimonios que el prof. Garau aporta, terminemos este alegato con las palabras de L. SCOT TOWNSEND, jefe responsable que fue de la *Security Trust and Safety Deposit Co.* Por ellas vemos cómo la formación clásica prepara

y rinde frutos exquisitos hasta en el mundo de los negocios. «No dudo en afirmar —dice—, que un hombre formado en los clásicos debe ser considerado como especialmente capacitado y dispuesto para ocupar un cargo preeminente en el mundo de los negocios. En consecuencia, a todo joven que se prepara para cualquiera de las muchas profesiones de negocios, yo le recomendaría seriamente que aprovechase la oportunidad de aprender latín y griego».

### NUEVOS TESTIMONIOS Y RAZONES

A estos testimonios aducidos por el Dr. Gareau podríamos agregar otros innumerables. La Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades —ya lo hemos consignado en otro lugar <sup>24</sup>—, ha editado recientemente dos opúsculos elocuentes a este respecto. El uno recoge las recomendaciones hechas en favor del latín por los últimos Romanos Pontífices, desde Pío IX a Pío XII (1850-1957). En el otro ha reunido varios estudios o apologías a favor del latín, hechas por personas de máxima solvencia y autoridad científicas. En anteriores páginas de esta revista hemos reproducido dos de esos estudios, el de Bacci y el del P. Ledóchowski. Por su conexión con el tema que venimos tratando, sólo quiero hacer mención aquí del trabajo del Prof. FRANCISCO ARNALDI sobre la «Necesidad del latín». En él insiste su autor en el valor formativo del latín y en el interés que esta lengua tiene en orden al mayor conocimiento de las lenguas románicas, y, en general, de todas las lenguas del dominio europeo y aún de toda la cultura occidental.

Recuérdense las atinadas declaraciones de Joaquín ORTEGA, Secretario de la Academia Colombiana de Lengua Española, consignadas en otro número de «Helmántica» <sup>25</sup>.

«Suele repetirse —comienza diciendo— que la lengua del Lacio y de la Iglesia no sirve sino para el Clero, y que por

<sup>24</sup> «Helmántica», 9 (1958) 309-319: *Voces en favor del latín*.

<sup>25</sup> Cf. 9 (1958), 315; «Atenas», 1 marzo, 1958.

eso no debe estudiarse sino en los seminarios y casas religiosas. Grave error, contradicho por muchos ejemplos ilustres de todo el orbe. El latín es necesario al médico y al jurista, para entender términos y etimologías; al botánico, para dar a los vocablos la acepción debida; a los literatos, para consolidar la pureza del idioma y la ortografía misma; a todos, para poder leer en la propia lengua en que fueron escritas tantas obras inmortales, cuya traducción, por buena que sea, las presenta siempre desteñidas».

«Dos autores —añade—, nada sospechosos de clericalismo (por eso los cito), Anatole France y León Daudet, alaban la importancia del estudio del latín y su fuerza educativa para enseñar a vencer las dificultades inherentes a toda lengua extraña. El primero, en su artículo *Necesidad de la enseñanza del latín*, dice, con frases que parecen escritas para nosotros:

«Tiemblo por nuestras humanidades. Ellas formaban hombres; ellas enseñaban a pensar. Se ha querido que hiciesen aún más, y que tuviesen una utilidad directa, inmediata. El descenso de los estudios latinos es terriblemente rápido... Hoy todavía me dicen que hay algunos jóvenes enamorados de las letras latinas... Sólo la Teología conserva su viejo idioma... Mucho se ha disminuído la parte que correspondía al latín en los programas oficiales. Se le ha despojado de los antiguos honores. No se puede negar que sea ventajoso conocer el inglés y el alemán. Tal conocimiento es útil al comerciante, al legislador, al soldado y al sabio. Pero falta saber si la enseñanza secundaria debe tener, como único fin, lo útil. Es demasiado general para esto. ¡No!: el hermoso nombre de humanidades nos da luz sobre su verdadera misión: debe formar hombres, y no tal o cual especie de hombres; debe enseñar a pensar... ¡Aprender a pensar!, he aquí el resumen de todo programa de enseñanza secundaria bien comprendido... Todos los que han pensado con cierta profundidad han aprendido a pensar en latín. No exagero al decir que, ignorándolo, se ignora la soberana claridad del discurso..., la literatura latina es más propicia que otra alguna para formar los espíritus».

En cuanto a León Daudet, nada eclesiástico por cierto, en sus *Études et milieux littéraires*, afirma: «La potencia creadora

y ordenadora de un escritor en prosa o en verso, de un crítico o de un filósofo, será proporcionada a la extensión de sus estudios clásicos... Las humanidades tienen la ventaja de transportarnos a los dominios de la belleza pura, sacándonos de las contingencias de lo presente».

Son dignas de notar también las palabras del Excmo. Sr. D. Jesús Rubio, Ministro de Educación Nacional de España, aducidas ya en un número anterior de nuestra revista: «Es un hecho el que los sustanciales progresos científicos de nuestro tiempo —la biología de Pasteur o la física de Einstein— se han realizado en ambientes culturales saturados de filología y de humanismo. *El latín y el griego de los gimnasios alemanes quizá tengan que ver con el desarrollo de los satélites artificiales más de lo que los políticos e investigadores americanos sospechan*»<sup>26</sup>.

En efecto, ¿no dijo el gran matemático Poincaré, que el estudio del latín en la adolescencia era la mejor preparación para las carreras científicas y técnicas?

En realidad, estos testimonios, por venir de hombres de ciencia, de la política o de los negocios, impresionan más que ciertos panegíricos en boca de profesionales, que, fácilmente se reciben con recelo y hasta pueden ser contraproducentes, cuando, como sucede a las veces, sus panegiristas sacan alumnos tan mediocres de sus aulas.

A este propósito es también digno de considerar lo que dijo nuestro Excmo. Sr. Ministro de Educación Nacional en un discurso dirigido al Consejo Nacional de Educación, el 30 de marzo de 1957: «Hay una fuerte tendencia social en contra de los estudios clásicos, sin duda lamentable, pero que es necesario reconocer, aunque no sea sino para oponerse a ella de una manera activa. Es decir, no tanto con apologías y exaltaciones difusas cuanto con rectificaciones metodológicas que hagan más eficaz el aprendizaje. El gran recurso dialéctico de los impugnadores del latín está en mostrar la inanidad del resultado. Es un hecho que, en muchísimos casos, los alumnos del Grado Elemental, y aún los del Grado Superior, no lle-

---

<sup>26</sup> Cf. «Helmantica», 9 (1958) 313-314.

gan a adquirir la menor habituación con las lenguas clásicas; se limitan a descifrar trabajosamente unas cuantas líneas con ayuda del diccionario. Contrarrestar esta realidad con apelaciones a la gimnasia mental y al consiguiente valor formativo que implica el latín es flaco argumento. Bien que sea el latín gimnasia mental, pero además debe ser la puerta de ingreso en la formación humana... El profesor de lenguas clásicas debe transmitir a sus alumnos una sensación de originalidad; si no lo logra, su misión fracasará, y quedará expuesto al embate de los impugnadores»<sup>27</sup>.

Gilbert Highet estudia en su monumental obra *The Classical Tradition*<sup>28</sup>, el fenómeno del desinterés de nuestro siglo por los estudios clásicos. Aunque el fenómeno es complejo y obedece a causas múltiples, gran parte de culpa recae sobre los mismos docentes. Highet aduce una lista de casos en los que se aprecia cómo la falta de método o el uso de un método inadecuado, *el método de las cáscaras secas*, como lo llamó Butler<sup>29</sup>, hacía abominable el estudio del latín y del griego. El afán de especialización y la idea de que el estudio y la enseñanza de las lenguas y literaturas clásicas tienen que tomarse ante todo como objetivo científico ha echado a perder a muchos maestros y ha alejado a muchos, muchísimos buenos discípulos.

La grieta entre el filólogo y el público se ha agrandado en muchos casos de forma que ya es imposible tender un puente, pues existe entre ellos un dilatado abismo. El falso paralelo con la ciencia ha hecho caer en errores y exageraciones a los profesionales de los estudios clásicos. Uno de ellos ha sido el empeño por la *Quellenforschung* o indagación de las fuentes, que empezó con una investigación legítima de los materiales de cada escritor y luego se llevó al absurdo de negar prácticamente la creación artística, partiendo del criterio

<sup>27</sup> Cfr. «Revista de Educación» 21 (1957) 16.

<sup>28</sup> G. HIGHET, *The Classical Tradition. Greek and Roman influences on Western Literature*, 1949. Hay traducción española (México, 1954), de Antonio Alatorre, *La Traducción Clásica. Influencias griegas y romanas en la literatura occidental*. 2 vols. Cf. vol. 2.º, págs. 289-303.

<sup>29</sup> HIGHET, o. c., II, pág. 296.

de que todo en un poema, por ejemplo, aunque este poema sea la Eneida, se deriva necesariamente de escritores más antiguos. Otro error es el afán de originalidad en la investigación. Este afán mal dirigido hace verdaderos estragos. Centenares de candidatos al doctorado, en países como Estados Unidos, escriben cada año tesis sobre asuntos que muchas veces no interesan a nadie, ni siquiera a sus propios autores. La justificación que se suele dar para ello es que cada tesis es como un ladrillo suelto que contribuye a levantar la gran torre de la erudición. La imagen es en sí misma ingeniosa; pero el terreno se está llenando cada vez más de estorbos, de montones de ladrillos que se manufacturan a la buena de Dios y no sirven sino para recargar los índices de *L'Année Philologique* y las estanterías de las bibliotecas. Mientras tanto, no aparecen por ninguna parte las grandes catedrales de otros tiempos.

Así, pues, el pecado fundamental de la filología clásica de hoy es, según Highet, que se ha cultivado la investigación más que el conocimiento e interpretación de los autores, que se ha puesto más interés en el acopio de datos que en la difusión de las ideas... El filólogo tiene para con la sociedad una responsabilidad mayor que la del obrero y la del hombre de negocios. Su primera obligación es conocer la verdad y la segunda darla a conocer. Ya que la formación clásica es uno de los principales caminos por donde la influencia excepcionalmente valiosa de la cultura griega y romana, viva aún y fértil, grandemente estimulante, puede llegar hasta el mundo moderno, al que ella ha salvado repetidas veces de los embates del materialismo y de la barbarie.

Hoy una triste experiencia, que se ha agudizado, revela la crisis del latín en muchos países, hasta el punto de que el debate de las lenguas y de la educación clásica se ha planteado en la UNESCO. con peligro de que se le dé allí un enfoque desacertado y de que en su resolución pese demasiado el juicio de los que, influídos por el ambiente o por su deficiente formación clásica, están ya prevenidos en contra. Una resolución condenatoria sería un atentado contra la cultura occidental, fundamentalmente grecolatina, cuya estabilidad y cu-

yo desarrollo contrasta con la inestabilidad y caducidad de las varias otras culturas o civilizaciones que, en siglos sucesivos, se han ido repartiendo el dominio del mundo <sup>30</sup>.

Afortunadamente la Federación Internacional de Asociaciones de Estudios Clásicos (FIEC), integrada por más de 30 asociaciones, ha hecho pública en la Asamblea General celebrada hace un año en Madrid, la respuesta que, tras un largo y minucioso examen, ha redactado, en contestación a la encuesta de la UNESCO. En líneas generales, el informe de la FIEC dice lo siguiente:

1.º La FIEC constata el hecho de que hoy día va decayendo el conocimiento de las lenguas clásicas en el bachillerato.

2.º A pesar de lo cual, es unánime el criterio de la comisión examinadora de que *el humanismo*, fundado sobre una firme y extensa cultura general, *debe ser la base de la formación humana y debe preceder a toda especialización*.

3.º Por eso, dicha federación cree unánimemente que uno de los medios más seguros de mantener ese humanismo básico es la adquisición y la práctica de las lenguas clásicas, el latín y el griego, en los países de cultura occidental.

4.º Es de desear, por tanto, que una buena parte del elemento intelectual de cada país tenga acceso directo a las fuentes del pensamiento de su propia civilización. Esta idea es esencial para los miembros de la FIEC y por eso se reafirman en que la enseñanza del latín y del griego, clave de la cultura occidental, es imprescindible en todo sistema educacional de los países occidentales <sup>31</sup>.

Así hablan los más auténticos representantes de la cultura clásica. El desconocimiento —o el conocimiento solo superficial de la cultura grecolatina—, lleva a suponerla estacionaria y caduca en la hora presente. Con ello se agudiza la eterna disputa entre antiguos y modernos. En cambio, el conocimiento profundo de la misma, fruto de una formación auténticamente humanística, lleva a la convicción de que los más genuinos va-

---

<sup>30</sup> LASSO DE LA VEGA, *Los documentos-base de la U. N. E. S. C. O., sobre el Humanismo y la cultura y educación actuales*, en «Estudios Clásicos», Madrid, 3 (1955-1956) 485-490.

<sup>31</sup> Cf. «Helmantica», 9 (1958) 319.

lores de la cultura occidental nacen de la herencia que nos legaron Grecia y Roma, herencia que, salvaguardada y vigorizada por el cristianismo a lo largo de los siglos, se ha ido adaptando a las necesidades de cada momento histórico y a la idiosincrasia de los diferentes pueblos, constituyendo esta su adaptabilidad la mejor garantía de la vitalidad y pervivencia de la cultura clásica en el porvenir.

Bayet, con espíritu conciliador, ha tratado de unir humanismo y técnica <sup>32</sup>. Es un intento digno de elogio. En la interna flexibilidad de la cultura grecolatina y en el hecho de su persistencia a lo largo de tantos siglos descansa, efectivamente, contra lo que puedan creer ciertos espíritus escépticos, la viabilidad de esta idea.

#### EL CASO DE ESPAÑA

Es un hecho sintomático y lamentable, la mutilación que se ha hecho del latín en el actual plan del bachillerato español <sup>33</sup>. Eliminado el latín del primero y segundo curso, y contando con la realidad de que la mayoría, después del curso cuarto, optan por la rama de ciencias sin griego y sin latín apenas, nos vamos a encontrar muy pronto con la triste situación de que la casi totalidad de los científicos españoles, por falta de latín y de griego, se hallarán incapacitados para

<sup>32</sup> J. BAYET. *Le latin conciliateur entre l'humanisme et la technique*, en «Franco-Ancienne», 1 (1953) 45-52.

<sup>33</sup> Por Decreto de 31 de mayo de 1957, publicado en el B. O. E., el día 18 de julio, se establece una reducción de las asignaturas en el vigente Plan del Bachillerato español. La situación del latín y del griego a partir de este Decreto queda como sigue:

*Latín*: 3.º curso, 6 horas semanales; 4.º, 3 horas. A partir del quinto curso el latín cesa para los bachilleres de la rama de ciencias, que en la sección masculina está formada por una aplastante mayoría. En la rama de letras al latín se conceden 6 horas semanales en quinto curso y 3 horas semanales en el sexto y en el preuniversitario. El *griego* se reserva para el reducido número de bachilleres de la rama de letras, sólo a partir del quinto curso, con un número reducido de clases. Cfr., más detalles en «Helmantica», 9 (1958), 19.

una labor de investigación cultural seria, profunda y eficaz. No se diga que el latín lo aprendieron en tercero y cuarto curso. Yo no sé qué profesores harán el milagro de enseñar de una manera eficiente y duradera el latín con sólo seis *unidades didácticas* (es la denominación oficial del nuevo plan de estudios), en tercero y con sólo tres, en cuarto. Esto, sin contar con que algunos de nuestros científicos procederán posiblemente de los Institutos Laborales, sin latín en ninguno de sus cursos.

Cierto que una de las disposiciones ordena que tales sujetos, en el caso de pasar al bachillerato superior, suplan durante el quinto y sexto curso el latín de tercero y cuarto que dejaron de cursar. Pero, ¿se llevará a efecto con eficacia el cumplimiento de esta disposición? ¿Será fácil cumplirla aun contando con la mejor voluntad de directores y alumnos? Por lo general, los alumnos de quinto y sexto encontrarán violento mezclarse con los de tercero y cuarto. Por otra parte, el horario no es fácil que les permita asistir a las clases de los cursos inferiores de una manera sistemática. Tampoco será posible organizar clase especial de latín para esos alumnos del bachillerato laboral. De ordinario serán muy pocos. Los centros no andan, por otra parte, muy sobrados de fondos ni de personal, para permitirse el lujo de nombrar profesores especiales para ese grupo de alumnos.

Así las cosas, no quedará más remedio que dejar a la iniciativa de cada uno la preparación del latín que se les exige antes del examen del bachillerato superior y luego tratarlos con la máxima benevolencia, por respeto a la opinión pública, que mira el latín como una disciplina inútil y anticuada y también, para no exacerbar a la sociedad que creería fácilmente que los examinadores trataban de vengar en los pobres alumnos laborales su aversión a esta nueva institución.

De todas maneras el resultado salta a la vista: una generación de universitarios españoles sin base ninguna, por falta de latín y griego, para una labor científica en muchas zonas del saber, tanto durante los años de su carrera en la Universidad, como el día de mañana en su afán por afianzar e impulsar en el mundo trabajos de orden cultural o científico.

Los sabios españoles se verán así obligados a vivir de préstamo. En la mayoría de las tareas científicas les será imposible acudir directamente a las fuentes antiguas. Para abrirse paso, les falta la llave, que es el latín. Del árbol de la ciencia del saber hispánica se irán secando poco a poco muchas de sus ramas.

No se diga —insisto aún en el caso de España— que para la generalidad de los hombres de ciencia basta con los dos años que se le asignan en el bachillerato elemental, y que de todas formas, aun con esa poda del primero y segundo curso, el latín sale mejor parado que en los planes anteriores al de 1938. Mal argumento el que se apoya en un precedente cuyas consecuencias en el orden científico estamos aún lamentando y que, reconocidas en un momento de exaltación nacional, determinó la reacción del plan 1938, de tendencia marcadamente clásica, que, desgraciadamente para España y su cultura, fue arrumbado como inservible, cuando comenzaban a recogerse sus primeros frutos: esos jóvenes catedráticos de Institutos y Universidades, cuyos nombres comienzan a sonar ya fuera de España, después del silencio que se prolongaba por decenios en muchas especialidades.

Con dos años de latín y un tiempo tan reducido (seis horas en tercero y tres horas en cuarto), no es posible enseñarlo bien, sino en algún caso verdaderamente excepcional. Ahora bien, el latín, como en general las otras lenguas, si no se aprende bien, esto es, con un cierto dominio de la gramática y un fácil manejo de los autores, no sirve para nada o casi nada. En ese sentido, el tiempo dedicado al latín, cuando es insuficiente, viene a resultar tiempo perdido. E insuficiente es, a mi juicio, todo lo que no llegue a tres años de clase diaria o su equivalente.

Piénsese en lo que hacen y dicen los pueblos de Europa de mayor tradición cultural humanística. Su gimnasio clásico suele constar, por lo menos, de seis cursos de latín con clase diaria en casi todos ellos. Oigamos lo que dicen a este respecto los profesores ingleses en su áureo libro, antes citado, *The Teaching of Classics*: «Para enseñar una lengua con éxito se requiere ejercitarla cada día. La enseñanza de una lengua consiste en la formación de hábitos, y, en tal formación, el descuidar este importante principio es exponerse a fracasar. Por

consiguiente es obligado dar a la semana cinco clases de 40 a 45 minutos» (Se habla del latín. Lo mismo se dice más adelante del griego)... «Los profesores que se glorían de haber tenido éxito con cuatro clases por semana, y aún menos, hacen poco favor a la causa del Latín, se dañan a sí mismos y a sus colegas de profesorado y confieren a sus discípulos beneficios muy dudosos. Atajos y prisas pueden producir éxitos superficiales, pero, a la larga, los resultados no son duraderos» (páginas 31-32).

Hay otro factor que contribuye a dar al latín un nivel más bajo en la escala de su eficiencia escolar. En él hace hincapié Highet en el libro antes mencionado *La Tradición Clásica*<sup>34</sup>: es el retraso de la enseñanza de las lenguas clásicas. Por considerarlas difíciles e impropias de muchachos, se deja su estudio para cuando el alumno haya logrado un regular grado de desarrollo mental. Es un error. La mejor manera de aprender griego y latín es comenzando a los nueve o diez años, cuando la inteligencia es tan maleable que cualquier cosa deja en ella su huella sin esfuerzo alguno y el trabajo penoso de la memoria se puede dejar atrás muy pronto, para dar paso al estudio y percepción estética de las grandes obras de la literatura griega y latina, que constituye el meollo, el fruto más exquisito del estudio de esas lenguas.

Por mi parte no tengo inconveniente en suscribir en fuerza de la experiencia tales afirmaciones. ¡Ojalá que cuantos intervienen en la redacción de planes de estudio para la Enseñanza Media las tuvieran bien en cuenta! Tendríamos planes menos recargados quizá de asignaturas, pero más orgánicos y eficientes, elaborados con más sanos criterios pedagógicos. El latín, —lo mismo podemos decir proporcionalmente del griego—, tendría entonces el puesto de honor que le corresponde en el concierto de la enseñanza de nuestra juventud.

No es, pues, indiferente, ni menos perjudicial conceder al latín en el bachillerato el puesto de primacía que, con las matemáticas, se le ha venido tradicionalmente asignando. Dominar el latín es poseer un tesoro de valor inapreciable para el

---

<sup>34</sup> HIGHET, *La Tradición Clásica* (México, 1954), vol. 2.º, pág. 285.

que se ha de dedicar a ciencia y conciencia a las Letras, a la Filosofía, a la Historia, al Derecho. Cuando se ha aprendido el latín de forma que sea natural y fácil el contacto con las fuentes mismas de la civilización, nadie se arrepiente del tiempo ni del esfuerzo dedicado a su aprendizaje. En cambio, habrá historiadores que sentirán pena y vergüenza de no poder manejar directamente las fuentes antiguas, ni apreciar el estilo, el *pathos* de un Tácito, de un Tito Livio, de un Tucídides; abogados que se dolerán de no poder utilizar en lectura directa las fuentes del Derecho; filósofos, cuya labor filosófica quedará mediatizada por no poder seguir de cerca, en su propio original, el pensamiento sutil de Platón y de Aristóteles; literatos, que se dolerán de no llegar a apreciar los encantos de un Virgilio, de un Horacio; la sal cómica de un Plauto; los recursos de la elocuencia multiforme de un Cicerón. Aun para las otras zonas del saber, el latín es un auxiliar poderosísimo, como consta por los testimonios de los hombres de ciencia, de la política y de los negocios, antes aducidos.

Unamuno ha imitado unos juicios desconcertantes y desorientadores con respecto al latín, impropios, por supuesto, de un profesor de griego y rector a la vez de la ilustre Universidad salmantina. Sus palabras son tiros dirigidos al corazón mismo de las lenguas clásicas. Truena contra el «rompecabezas» del hipérbaton latino y detesta «aquellos fatigosos textos que parece revolvieron y desordenaron adrede los romanos para atormentar a los niños de las generaciones futuras con tal rompecabezas»<sup>35</sup>.

Desgraciadamente esta mentalidad la comparten hoy día en España muchos que no llegan ni a las excentricidades de Unamuno ni a su talla de escritor.

Pero no faltan tampoco ingenios relevantes que se mantienen fieles al viejo humanismo y defienden convencidos la causa del latín y del clasicismo. Ahí está la Sociedad Española de

---

<sup>35</sup> M. UNAMUNO, *La enseñanza del latín en España*, en «Ensayos», Edit. M. Aguilar, Madrid, 1942, t. I, págs. 127-147; Cf. JOSE LOPEZ DE TORO, Acotaciones a una «Bibliografía selectiva sobre la Enseñanza de las lenguas clásicas», en «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», 64 (1958) 337-343.

Estudios Clásicos que, en los pocos años de fundación, ha dejado constancia de su fervor clasicista en dos gruesos volúmenes, la «Bibliografía», y las «Actas», de su primer congreso<sup>36</sup>. Ahí, la profesión de fe humanística de otro de los rectores de la Universidad de Salamanca, el Dr. Tovar<sup>37</sup>. Ahí, la campaña insistente del catedrático Hernández-Vista en diarios y revistas profesionales. En una de las páginas de «Revista de Educación» entona un credo vibrante en el valor actual de los estudios clásicos: «Soy, dice Hernández-Vista<sup>38</sup>, de los que creen con Jaspers en el humanismo: *que no es ningún modo inactual velar por los gimnasios clásicos...* Soy de los que creen que en el motor de un avión que levanta el vuelo va también Homero y Virgilio, porque, en último término, la Eneida y el avión no son sino expresiones diferentes de una misma actitud ante la vida, la occidental, separadas entre sí por un minuto de historia. Y añade poco después: «El humanismo clásico es invención continua... Los textos clásicos son un mensaje cifrado que cada época debe traducir con arreglo a su propia clave».

Así cobra sentido la idea de la perennidad e incesante fecundidad de las obras clásicas.

### RECAPITULANDO

Es igualmente esperanzador el resurgir de los estudios clásicos registrado en España en los últimos decenios. Prueba de ello son las revistas de carácter humanístico y filológico que han ido apareciendo entre nosotros: *Emérita*, *Estudios Clásicos*, *HELMANTICA*, *Humanidades*, *Palaestra Latina*, *Perficit*, y, en un

---

<sup>36</sup> *Bibliografía de los Estudios Clásicos en España (1939-1955)*, Madrid, 1956, XVI-454 páginas.—*Actas del Primer Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1958, XXII-620 páginas.

<sup>37</sup> A. TOVAR, *Presente y futuro de los estudios clásicos*, en «Revista de Educación», 7 (1954) 1-7 (Editado aparte en folleto núm. 7, 27 pág., de *Páginas de Rev. de Educ.*).

<sup>38</sup> HERNANDEZ-VISTA, *La didáctica de las lenguas clásicas*, en «Revista de Educación», núm. 71 (diciembre, 1957), 64-72.

plan más propiamente informativo y pedagógico, *Atenas y Revista de Educación*.

En otro orden de cosas, también merece recordarse aquí la puesta en marcha, hace ya diez años, de la *Sección de Humanidades Clásicas* en la Universidad Pontificia de Salamanca, que cada año envía una promoción de licenciados en todas las direcciones de nuestra Península, para ser como el fermento de la renovación de los estudios clásicos en los Centros de la Iglesia. Esta Sección de la Universidad Pontificia, unida al esfuerzo que realizan en el mismo sentido los tres Centros de Clásicas que funcionan en las tres Universidades Civiles, la de Madrid, Barcelona, y Salamanca, puede contribuir a despertar y mantener vivo en nuestra patria el interés por los estudios grecolatinos, base indispensable, como hemos dicho, para toda labor de investigación seria y eficaz, sobre todo en el terreno de las Letras, de la Filosofía, de la Historia, del Derecho y de la Religión.

*Latinae linguae permagnae sunt, et ad loquendum et ad recte sentiendum utilitates: est enim ea velut thesaurus quidam omnis eruditionis.* Esta frase que Vives stampa en el prólogo de sus diálogos<sup>39</sup>, adquiere pleno sentido después de cuanto llevamos dicho. Hoy, como ayer, la afirmación de los grandes servicios y ventajas del latín es sustancialmente exacta. La importancia del latín como instrumento de sólida cultura y de selecta formación humana está por encima de todo debate serio. Sin el conocimiento del latín, no es posible ponerse en contacto directo con la civilización antigua, parte integrante de la nuestra. Menos aún se podrá ahondar y desentrañar el rico tesoro que encierra.

El latín es la llave para penetrar en el recinto sagrado de la teología, de la filosofía, del arte, del derecho, de la religión, de la historia. Sin el latín no es posible un conocimiento a fondo de las lenguas europeas. Todas, en mayor o menor escala, se han enriquecido con términos, construcciones y otros

---

<sup>39</sup> Cf. C. FERNANDEZ, *Diálogos latinos de Luis Vives*, con introducción notas, vocabulario y un apéndice alfabético-biográfico. Editorial Políglota, Barcelona, 1940.

materiales extraídos de la rica cantera de la lengua latina. Esta consideración sube de punto cuando de las lenguas neolatinas se trata, ya que del latín han recibido genio, estructura, vocabulario, variedad de formas y de sintaxis.

Mata en su raíz el árbol de la auténtica investigación científica el que destierra el latín de la Enseñanza Media. De hecho, si se da una ojeada por los pueblos de Europa, se observa que el nivel cultural y el espíritu de investigación corresponden a los países donde mayor intensidad y difusión se da al estudio del latín.

En consecuencia, todos los que aspiren a conquistar un auténtico pedestal, un verdadero renombre en la ciencia, en la investigación histórica, y, en general, en todo el campo de las letras humanas, necesitan el latín como base de su cultura, nervio y coronamiento de su formación y clave de su porvenir científico. Un sabio con latín, multiplica la potencia y el valor de sus producciones y de su magisterio; un sabio sin latín queda desvalorizado. Su afán por la ciencia y su potencialidad intelectual encontrará barreras frecuentes, viéndose por ello muchas veces limitada y mediatizada su labor científica y hasta su propia satisfacción personal.

JOSE JIMENEZ DELGADO, C. M. F.